

La verdadera labor docente

Zully Katherine Moreno



Como todos los estudiantes del programa, me encontraba emocionada por empezar mi primera experiencia: “la práctica maternal” específicamente.

Imaginaba en el salón bebés alegres y activos con ese espíritu travieso que caracteriza a los más pequeños; pero para mi sorpresa no fue del todo así.

Al entrar al aula de párvulos, estaban los niños con sus miradas melancólicas, que delataban la falta que les hacía papá y mamá al no poderlos ver como de costumbre. Luego observé hacia otro rincón y vi la imagen de una niña de tan sólo 2 años que parecía “enojada”, esa era la emoción que irradiaba. Su maestra muy amorosa, se acercó a abrazarla y darle la bienvenida como a sus otros compañeros.

Los días fueron pasando mientras los niños se iban adaptando; ya no se escuchaban los llantos desconsolados, sin embargo, el semblante de la pequeña “María”, como la llamaremos en este relato no era el mismo. Empecé a observar el comportamiento de la niña y realmente despertaba cierta curiosidad. “María” llevaba su ropita en mal estado, se veía sucia, vieja y motosa; además su talla y peso, al compararlo con el de los demás niños no era el conveniente.

Pregunté a la maestra titular, por la situación de la menor, me comentó que: Lamentablemente nació en un núcleo familiar disfuncional, por su situación era incapaz de suplir los derechos básicos como: alimentación y vivienda digna. La realidad que vivía dentro de su hogar trajo consecuencias negativas para su desarrollo.

Como toda maestra me duele ver las situaciones que afectan el bienestar de los niños, no solamente a nivel físico, sino también a nivel socio afectivo y emocional. Su rostro no irradiaba la alegría que sus amiguitos demostraban con travesuras y sonrisas; estaba sumergida en el completo silencio y apartada siempre en un rincón, aunque hiciéramos esfuerzos de Integrarla al grupo.

Intentamos hacerla reír, que jugara y compartiera con los demás niños, hasta que al fin lo logramos; nuestra tarea como educadoras la estábamos cumpliendo por medio de actividades y estrategias pedagógicas; en esos

momentos quizás era cuando la pequeña “María” se olvidaba de sus dificultades. Cada vez que sonreía cautivaba nuestros corazones.

Quise compartir con ustedes esta anécdota, que me invitó a reflexionar sobre mi verdadero papel como docente o educadora. Nuestra labor en el preescolar no es sólo lograr que los niños aprendan a leer y a escribir en tiempo récord como la sociedad piensa; nuestra verdadera tarea es educar para la felicidad, es hacer que los niños aprendan a ser personas, como disfrutar su estancia en el colegio y olvidar por un momento las difíciles situaciones que viven en sus hogares, producto del sistema político colombiano que se olvida de niños inocentes como la pequeña “María”.